SERVIR A LA IGLESIA EN CUALQUIER LUGAR

ALVARO DEL PORTILLO ■ *Con motivo de su ordenación episcopal, el Prelado del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra celebró una misa en la Basílica de San Eugenio de Roma. Reproducimos la homilía pronunciada en este acto*

Con profunda emoción, y con toda la devoción de que era capaz, he recibido ayer, de las manos del Santo Padre **Juan Pablo II**, la ordenación episcopal: una nueva efusión del Espíritu Santo, con la que Cristo me ha incorporado al Colegio de los Obispos, que sucede al de los Apóstoles (Concilio Vaticano II, Const. *Lumen Gentium*, n. 21). Hoy, en esta concelebración del Santo Sacrificio, que ofrecemos por la Santa Iglesia, deseo suplicaros que os unáis a mi oración por la persona y las intenciones del Romano Pontífice, sucesor de **Pedro**, fundamento perpetuo y visible de la unidad de fe y de comunión (Concilio Vaticano, Const. *Lumen Gentium*, n. 18) en la Iglesia. Unámonos ahora en modo particular al Santo Padre en su vehemente súplica por la paz en el mundo, tan amenazada en estos días.

La fecha de ayer me trae a la memoria otro acontecimiento, cuyo recuerdo está impreso en mi corazón. Me refiero al 28 de noviembre de 1982, día en que el Papa erigió el Opus Dei en Prelatura Personal: tal decisión pontificia

Revista Vértice. Universidad de Navarra. Nº 44 Dic/1991.

señaló el término del largo camino jurídico de la Obra, que es una página de la historia de la Iglesia escrita por nuestro Fundador, sostenido por la Virgen, con su heroica fidelidad a la misión divina recibida. Dios quiso que su Siervo no viera en la tierra la inclusión de este itinerario y dispuso que fueran sus hijos quienes recogieran los frutos de su oración, de su sacrificio y de su trabajo incesante. Ahora, con la ordenación episcopal del primer sucesor de Mons. **Escrivá de Balaguer**, encuentra cumplimiento una vez más la Sagrada Escritura, que dice: "Dios ha honrado al Padre en los hijos" (*Sir* 3, 3).

La ordenación episcopal del Prelado significa un gran bien espiritual pa-

Revista de Ciencias Eclesiásticas de Navarra y Opus Dei. 3/1991.

ra la Prelatura del Opus Dei, y, al mismo tiempo, una nueva afirmación por parte de la Santa Sede de su naturaleza jurídica como estructura jurisdiccional en la Iglesia. El episcopado confiere una nueva gracia sacramental al Pastor de la Prelatura y refuerza sacramentalmente su unión con el Papa y con los Obispos. Os invito a continuar rezando cada día por la Jerarquía de la Iglesia, amando sinceramente a todos sus miembros. Además, aun sabiendo que nunca me falta, os pido el apoyo de vuestra oración, para corresponder a la gracia divina e imitar el ejemplo de Cristo, Buen Pastor de nuestras almas (*Ioh* 10, 11; 1 *Pt* 2, 25), que no sólo cuida de nosotros, como hemos escuchado en la primera lectura de la Misa (*Ez* 34, 11.15-16), sino que da la vida por sus ovejas (*Ioh* 10, 11).

En los cuarenta años que he tenido el privilegio de pasar junto a Mons. **Escrivá de Balaguer** lo he visto seguir las huellas de Jesús y poner en práctica la imagen evangélica del Buen Pastor que da la vida por el propio rebaño. Trabajando junto a él, día tras día, he podido comprender qué significa gastar la propia existencia por los demás, olvidarse de sí mismo, sacrificarse sin reservas, renunciar incluso a la propia honra, vencer el cansancio, santificar el dolor, vivir la pobreza, sin perder nunca la alegría e impulsado únicamente por el amor: un ardiente amor a Dios y a todas las almas. Todo le parecía poco al Fundador del Opus Dei, que deseaba dar más, ayudar más, servir más a la Santa Iglesia. Por eso, sobre todo en los últimos meses de su vida, cuendo presentía que se avecinaba el momento tan esperado de ver al Señor cara a cara, repetía: **desde el cielo podré ayudaros mejor**.

¡Bien podemos decir que se han realizado estas palabras suyas! ¿No es verdad que experimentamos cotidianamente su ayuda desde el Cielo? Es tan solícita y eficaz su intercesión, que ahora millones de personas en el mundo entero recitan la oración para la devoción privada, escriben para comunicar los favores obtenidos y piden a Dios la beatificación y canonización del Venerable **Josemaría Escrivá de Balaguer**.

La ausencia física del Fundador del Opus Dei durante la consagración episcopal de ayer me ha recordado que no quiso estar presente tampoco cuando por primera vez tres miembros de la Obra, entre los que estaba yo, recibieron la ordenación sacerdotal. También en las sucesivas ordenaciones sacerdotales de hijos suyos se comportó del mismo modo. Aquel día, el 25 de junio de 1944, Mons. **Escrivá de Balaguer** prefirió celebrar la Santa Misa a la misma hora en que tenía lugar la ceremonia, rezando por la santidad de sus hijos. No deseaba recibir congratulaciones, ya que, como solía recordar, **ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca** (*Carta*, 28-1-1975).

Su conducta fue para nosotros ejemplo de una existencia vivida cara a Dios, de rectitud de intención, de identificación con la vida oculta de Cristo, de humildad y de grandeza de ánimo: la grandeza de quien no ambiciona ningún honor terreno sino sólo la gloria de Dios: **Deo omnis gloria**, a Dios toda la gloria, exclusivamente a El, para servir a la Iglesia universal y a las iglesias locales.

"Ocultarse y desaparecer" no quiere decir esconder nuestra condición de cristianos o mimetizarnos en el ambiente paganizado que con frecuencia influye en las relaciones sociales, en el trabajo profesional y en los momentos de descanso. ¡Eso significaría querer esconder a Cristo, avergonzarse de Cristo!

Revista Nuestra Tiempo. Universidad de Navarra. Opus Dei. 3/1991.

"Ocultarse y desaparecer" significa, en cambio, pisotear la propia vanidad, el propio egoísmo, la soberbia de la vida, dice **San Juan** (1 *Ioh* 2, 16), para que **sólo Jesús se luzca**. El es la luz que brilla en las tinieblas (*Ioh* 1, 5) y nosotros, como hijos de Dios en Cristo (*Ef* 1, 4-5), somos la luz del mundo (*Mt* 5, 14). Cada uno debe ser otro Cristo, es más, el mismo Cristo, como repetía enérgicamente el Fundador del Opus Dei. Cada uno de nosotros debe reflejar en la propia conducta la luz de Dios, para que —como nos pide el Señor— los hombres vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (*Mt* 5, 16). Hoy, ante el extenderse del materialismo práctico, nosotros los cristianos debemos dar testimonio con palabras y con los hechos de que en Cristo se encuentra el único Valor absoluto y definitivo.

Hace pocas semanas, al escoger el lema para el escudo episcopal, he pensado enseguida en una jaculatoria que Mons. **Escrivá de Balaguer** repitió y escribió innumerables veces: **Regnare Christum volumus!**, queremos que Cristo reine, en todas las almas, empezando por la nuestra, y en la sociedad entera. Estas palabras hacen eco a la exclamación de **San Pablo**, **oportet illum regnare!** —¡es necesario que El reine!— (1 *Cor* 11, 25), y a la petición que Jesús nos enseñó en el Padrenuestro: **adveniat regnum tuum!** (*Mt* 6, 10), venga a nosotros tu reino, el reino de justicia, de amor y de paz (Prefacio de la Solemnidad de N. S. Jesucristo Rey del Universo) que el Señor desea instaurar sobre la tierra.

Este lema —**Regnare Christum volumus!**— refleja el anhelo más vivo del Fundador del Opus Dei y también, inequívocamente, la razón de ser del Opus Dei. La Iglesia es el Reino de Cristo que se va realizando a lo largo de la historia y sólo al fin de los tiempos alcanzará la plenitud. Por eso, al repetir "¡queremos que Cristo reine!", estamos reafirmando el deseo, la voluntad decidida y eficaz de contribuir a la edificación de la Iglesia sobre la sólida roca de **Pedro** (*Mt* 13, 18-19), con el espíritu y los medios queridos por Dios para los miembros del Opus Dei.

El espíritu de la Obra nos llama a buscar la santidad y a ejercitar el apostolado en medio del mundo, en el trabajo profesional y en las relaciones familiares y sociales, empeñándonos, entre otras cosas, en construir una sociedad justa, digna de la persona humana y de su libertad. Los medios que empleamos son, ante todo, la oración y los sacramentos: una solida vida interior fundada en la filiación divina y sostenida por una constante y esmerada formación espiritual y doctrinal.

Os recuerdo con las palabras del Fundador del Opus Dei: **Si pretendemos que Cristo reine, hemos de ser coherentes: comenzar por entregarle nuestro corazón. Si no lo hiciésemos, hablar del reino de Cristo sería vocerío sin sustancia cristiana, manifestación exterior de una fe que no existiría** (*Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid, 1984).

Tal coherencia o unidad de vida exige —insisto— que Cristo reine efectivamente en nuestra alma y que nos esforcemos por desarraigar todo sometimiento a los ídolos terrenos: el ídolo del bienestar, de la vanidad, de la sensualidad o de la riqueza. ¡Examinemos sinceramente nuestra conciencia! ¡Recurramos con frecuencia a la Confesión sacramental para alejar de nosotros cada vez más estas pasiones que nos esclavizan y para crecer en la libertad de los hijos de Dios! ¡Nadie puede servir a dos señores! (*Mt* 6, 24), nos advierte Cristo, para que desechemos la tentación del compromiso y amemos

Revista Vistas Temáticas Universidad de Balagaer y Opus Dei 8/1991.

con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas al único Dios verdadero, fuente de la auténtica felicidad en la tierra y, después, en el Cielo. Preguntémonos: ¿estamos practicando un vibrante apostolado de la Confesión, que será siempre necesario, con todos nuestros amigos y conocidos?

La coherencia, la sincera búsqueda de la santidad personal, son absolutamente necesarias para no falsear el reino de Cristo. Mons. **Escrivá** nos recuerda que **si dejamos que Cristo reine en nuestra alma, no nos convertiremos en dominadores, seremos servidores de todos los hombres** (*Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid, 1984). Como ha escrito el Santo Padre **Juan Pablo II**, servir significa para nosotros los cristianos reinar (*Redemptor hominis*, n. 21), a ejemplo de Jesús, que no ha venido para ser servido, sino para servir (*Mt* 20, 28).

Este es también el único anhelo de la Obra y de cada uno de sus miembros: servir. Precisamente porque queremos que Cristo reine, deseamos servir a la Iglesia en cualquier lugar donde nos encontremos. Mons. **Escrivá** lo afirmó resueltamente: **Si la Obra no sirve a la Iglesia, no sirve para nada: ¡para eso ha nacido, para eso la ha querido Dios!** (*Instrucción*, 31-5-1936, nota 6).

El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo un banquete de bodas para su hijo (*Mt* 22, 2). Todos vosotros recordaréis esta parábola evangélica. El rey prepara un banquete y manda a sus siervos a invitar a los comensales: Id, pues, a los cruces de los caminos y llamad a las bodas a cuantos encontréis (*Mt* 22, 9). Así es como se comportan los que quieren servir al Reino de Dios: invitan a otros al banquete, es decir, a participar de la Mesa del Señor, de la Sagrada Eucaristía.

La enseñanza es clara. Si deseamos sinceramente que Cristo reine, debemos actuar como los siervos de la parábola: invitar a los demás a acercarse a Dios. Debemos ver en quienes están junto a nosotros almas que son llamadas por el Señor. En cualquier lugar, en el trabajo profesional, en la familia o en la vida social, debemos ser instrumentos de Cristo para que muchos lo conozcan y lo amen. Debemos llamarles e insistir con el ejemplo, con la palabra, con la amistad sincera: ¡no podemos abandonarlos! "Si os dirigís hacia Dios, procurad no ir solos hacia El", escribe **San Gregorio** (*Homiliae in Evangelia*, 6, 6: PL 76, 1098). Todos nosotros hemos recibido la misión divina: Id a los cruces de los caminos. Todos los cristianos son, deben ser, apóstoles.

Dentro de poco se renovará sacramentalmente la inmolación de Cristo sobre la Cruz, que se ofrece al Padre por el Espíritu Santo (*Heb* 9, 14), por la salvación de los hombres. Reunidos en torno al altar, deseo recordaros una frase de Jesús que el Señor hizo comprender de un modo nuevo al Fundador del Opus Dei: **Et ego si exaltatus fuero a terra omnia traham ad meipsum**, cuando sea levantado de la tierra atraeré todo hacia mí (*Ioh* 12, 32). El estandarte real de Cristo es la Cruz, que queremos izar sobre la cumbre de toda actividad humana: gracias a nuestra fidelidad de cristianos el Reino de Dios será una realidad sobre toda la tierra.

Me complace concluir con otra jaculatoria de Mons. **Escrivá de Balaguer**: **Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!** Unidos al Papa, vayamos todos a Jesús por medio de María. ¡Amad cada vez más al Vicario de Cristo y hacedlo amar! Hoy queremos reafirmar con nueva fuerza nuestra unión con el Romano Pontífice y nuestro amor a la Virgen. A ella, nuestra Madre, le pedimos con confianza filial que conserve seguro nuestro camino: **Cor Mariae Dulcissimum, iter serva tutum!** ■

Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. Nº 441, 3/1991.